

no esos virtuosos solitarios que vuestro regio brazo mantenga siempre doblado el arco invencible.

DUCHMANTA.

Venerable bramino, ¿ se halla en esta santa soledad el gefe de vuestro gremio ?

AMBOS BRAMINOS.

No, príncipe, que acaba de partir para Somatirta con el intento de invocar á los dioses para que aparten de la cabeza de Sacúntala las desgracias con que la amenaza la suerte ; pero, antes de alejarse, ha encargado á la doncella que acoja del modo mas benévolo á los peregrinos que pudieran implorar la hospitalidad.

DUCHMANTA.

Pues bien, ya la veré ; y satisfecha de mi zelo, espero que, á su regreso, me represente al venerable Canua bajo los colores mas favorables.

AMBOS BRAMINOS.

Señor, dueño sois de hacer cuanto os plazca. Nosotros vamos á seguir nuestro trabajo.

(El ermitaño sale con el discípulo.)

## XVII

DUCHMANTA.

Adelante el carro, y que la vista de este sagrado asilo purifique nuestras almas.

EL ESCUDERO.

Hágase la voluntad del monarca.

(Imprime á su carro un movimiento rápido.)

DUCHMANTA, paseando en torno la vista.

Si no estuviese prevenido, nunca hubiera sospechado que tan apacible morada debiese estar consagrada al cumplimiento de las mas severas austeridades.

EL ESCUDERO.

¿Y porqué, señor?

DUCHMANTA.

¡Cómo! ¿No te sorprende cuanto en torno se nos ofrece? ¿No ves, aquí y acullá, diseminados al pié de los árboles, esos granos de consagrado arroz escapados del pico de los jóvenes papagayos desprovis-

tos aun de plumas, en el momento en que les dan el cebo sus madres? Aquí estan las piedras que sirvieron para moler el fruto del *ingudi*, aun untuosas de aceite; allí, tiernas gazelas acostumbradas á la voz del hombre, no huyen al acercarse éste; y esos surcos húmedos, trazados en el polvo y procedentes de pilones diversos, deben seguramente su origen á las gotas de agua destilada en vasos purificados recientemente!

¿Ves esos tiernos árboles, cuya raiz riegan canales de agua cristalina que arruga apenas el aliento del céfiro? Admira la lozania de esos frondosos vástagos, á pesar de hallarse algo tiznados por el humo de las abluciones hechas á los dioses; y á nuestro lado contempla esos traviesos cervatillos que, sin recelo alguno, retozan en medio de ese monton de *cusu* recientemente segado para un sacrificio y hacinado á la entrada del jardin.

EL ESCUDERO.

Todo eso lo veo en efecto.

DUCHMANTA, despues de haberse acercado al recinto.

Pero guardémonos de profanar esta santa mansion, y deten el carro para que pueda yo bajar.

EL ESCUDERO.

Príncipe, las riendas retengo; podeis cuando gusteis poner pié en tierra.

DUCHMANTA, después de haber bajado y mirando atento su propia persona.

Bajo tan humildes vestidos debo penetrar en este lugar consagrado á la piedad. Libértame de todos estos arreos de lujo, y de este arco que no puede serme de utilidad alguna. (Remite entre las manos de su escudero sus armas y joyas.) No obstante, durante mi ausencia ten cuidado de bañar y dar de beber á los caballos.

EL ESCUDERO.

Príncipe, cumplidas quedarán vuestras órdenes.

(Vase.)

### XVIII

Palpitante Duchmanta penetra en el cercado de la ermita, quedando su vista fascinada por la belleza agreste y misteriosa del paisaje, y la vista de un grupo de doncellas consagradas al culto de los dioses. Las amenas pláticas que median entre estas doncellas, y escucha oculto el jóven soberano, no desdicirían de la *Aminta* del Taso y del Teócrito alpino llamado Gessner.

« — Querida Sacúntala, » dice una de sus jóvenes compañeras á la donosa vírgen que riega hacendosa

las plantas del jardín ; « querida Sacúntala, no parece sino que estos tiernos arbustos que decoran la morada de nuestro padre, te son mas preciosos que tu propia vida, segun la pena que te das en regar los hoyos excavados á sus piés, tú, cuya delicadeza iguala á la flor del *málica*, cuando brotan risueños sus fragantes pimpollos.

SACUNTALA.

Ten entendido, que independientemente del deseo que me anima de complacer á nuestro venerable padre, siento por estas vegetales un amor fraternal.

(Continúa regándolos.)

UNA JOVEN AMIGA DE SACUNTALA.

Pero amiga mia, estas plantas no deben tardar en florecer. Reguemos igualmente las que nos han dado ya sus flores, pues nuestra solicitud desinteresada será mas grata á los ojos de los dioses.

SACUNTALA.

Muy bien dicho, querida Preyamvada.

EL HÉROE DUCHMANTA, aparte.

¡ Ah! el venerable ermitaño debe haber perdido

la inteligencia efecto de los años, para permitir que esos groseros vestidos envuelvan tan hermoso cuerpo. Someter á tamañas austeridades á una hermosura tan completa que, sin ningun artificio, arrebatá á cada momento los corazones, es empresa tan insensata como el pretender hendir el férreo tronco del árbol lami con el delicado filo de la hoja del lotos.

(La doncella que no cree ser observada, suplica á su compañera que afoje el tejido de corteza que impide su respiracion.)

« Aunque formado de mallas diminutas y apretadas, (continua cantando el héroe), el tejido de cortezas echado con descuido sobre sus blancas espaldas, no puede disfrazar enteramente el contorno de su talle, como la rozagante flor medio velada por las hojas algo marchitas que su cáliz envuelven. Pero la copa del lotos entrevisto á través el enrejado verduceo que forman las plantas acuáticas circunvecinas, conserva todo su encanto; y las manchas diseminadas en el plateado disco de la luna, avivan el fulgor del astro. Así esta jóven beldad, bajo su velo de corteza filamentosá, me parece aun mas seductora.

SACUNTALA, sin ver al héroe.

¡ Oh queridas hermanas! este gracioso arbusto parece hacerme señas con sus flexibles ramas que,

agitadas por el céfiro, se asemejan á los dedos de una linda mano. Es necesario que me acerque.

(Corre al árbol.)

PREYAMVADA.

Querida Sacúntala, reposa un instante á su sombra.

SACUNTALA.

¿ Y porqué ?

PREYAMVADA.

Porque la vecindad de tu hermosa cuerpo aumenta su belleza, como si una enredadera verde y florida tapizase su tronco.

SACUNTALA.

Mas que nunca mereces ser llamada Preyamvada, oh tú cuyas palabras rebosan de tanta dulzura.

DUCHMANTA.

Sí, Preyamvada, acabas de decir una gran verdad: sus labios poseen el vivo color de la rosa; sus brazos, como dos tiernos ramos, se redondean graciosos, y la flor atractiva de la juventud difunde en toda su persona un hechizo que no basta á expresar el lenguaje humano.

ANASUYA.

Sacúntala, mira como la linda málica ha escogido por esposo este árbol hermoso que rodea con sus floridos ramos.

SACUNTALA, acercándose y mirando el árbol con risueño semblante.

¡ Ah ! ¡ qué misterioso encanto esparce la primavera ! Los mismos árboles parecen unirse en tiernos abrazos ! ¿ No es verdad qué, bajo la protección de árbol tan robusto que esmaltan flores sin número, parece haber puesto el tierno vegetal sus vástagos tiernos y delicados pimpollos ?

(Se detiene para contemplarlo con admiración.)

PREYAMVADA, risueña.

¿ Sabes, Anasuya, por qué Sacúntala mira de hito en hito esta pequeña planta ?

ANASUYA.

No á la verdad, y mucho desearia saberlo.

PREYAMVADA.

« Así como la donosa málica adhiere al amra be-

llísimo, del mismo modo desearia yo unirme á un esposo digno de mí. » Tal es, te lo aseguro, el pensamiento que actualmente ocupa la atención de nuestra jóven amiga.

SACUNTALA, sonriendo.

¿ Quieres callar, locuela, y no empezar de nuevo con tus extravagancias.

(Vuelve otra vez á emplear su regadera.)

ANASUYA.

Amada Sacúntala, olvidas á esta hermosa madhaví, que tiene tu edad y ha medrado al mismo tiempo que tú, gracias al afanoso esmero que tu padre Canua se complace en prodigaros á ambas.

SACUNTALA.

No hay cuidado, que antes seria capaz de olvidarme á mí misma. (Se acerca del arbusto, lo mira, y esclama transportada de alegría.) ¡ Milagro ! ¡ milagro ! ¡ oh qué dichosa vas á ser, Preyamvada !

PREYAMVADA.

¿ Y porqué, dulce amiga mia ?

SACUNTALA.

¿ Ves cuan lozana y olorosa se halla esta enredadera aunque no sea el tiempo de su florescencia ?

AMBAS DONCELLAS, corriendo presurosas.

¡ Como ! ¿ es cierto lo que dices ?

PREYAMVADA.

En tal caso, amiga mia, tú eres la destinada á ser dichosa, pues este pronóstico anuncia nada menos que tu proximo enlace con un héroe.

SACUNTALA, con cierto enfado.

Vaya, dejémonos de chanzas intempestivas.

PREYAMVADA.

Pero no hay chanzas que valgan, pues, segun he oido de misma boca del venerable Canua, semejante signo no puede menos de anunciarte el mas feliz acontecimiento.

ANASUYA.

Ahora llego á comprender el zelo que instintivamente impelia á nuestra amiga á regar tan preciosa planta.

SACUNTALA.

¿ Quieres callar el pico, bribonzuela ? Has de saber que esta enredadera es para mí como una hermana, y esto basta y sobra para explicar mi solicitud.

(Continua regándola.)

EL HÉROE, aparte.

No admite duda que si pertenece á la estirpe de Canua, ni por asomo hay que pensar en su union con un miembro de la regia prosapia de Khatriyas. ¿ Qué recurso me queda en tales circunstancias ? — Tal vez... ¡ Pero qué loco soy al atormentarme por semejantes quimeras !... Sí, la cosa es segura. Mi sér enteró se inclina en presencia de tan perfecta criatura, y con tanta violencia, que es imposible que deje de ser mi esposa.

Por otra parte, en las cosas sujetas á la duda, el acontecimiento es siempre favorable á los presentimientos del sabio. Así no dudo que llegará ser mia.

SACUNTALA, con precipitacion.

¡ Ah! ¡ ah! una abeja escapada del cáliz de esta málica, revolotea en torno de mi rostro, y parece querer fijarse en mis labios.

DUCHMANTA (contemplándola con el placer mas vivo.)

¡ Qué seductora está!

Si por do quier se cierne susurrando la alada sabandija, aun mas ligera la ahuyenta su mano delicada. ¿ Quién podrá resistir á la gracia de sus movimientos? Pero si un temor real obliga á la donosa doncella á mostrarse pavorosa, si la vecindad del porfiado animalejo la impele á arquear así las cejas, tal vez se acordará de la leccion cuando, al abrigo de todo miedo, sabrá aparentar la inquietud para desplegar en su mirada todos los artificios femeninos, destinados á avasallar al sexo mas pujante.

¡ Oh feliz insecto, si puedes agitando tus alas rozar ligeramente sus párpados que medio cerrados tiemblan recelosos! ¡ Dichoso tú, cuyo zumbido resuena en su oido como palabras furtivas de amor! ¡ Dichoso tú que chupas ébrio un torrente de delicias en esos divinos labios de que en vano se afana en alejarte la tímida beldad! Mientras que los pobres humanos mueren en la duda sin llegar á poseer la felicidad, oh abeja afortunada, tú á torrentes la absorbes.

SACUNTALA.

¡ O compañeras mias! libradme de esta abeja audaz que se burla de todos mis esfuerzos.

AMBAS, sonriendo.

¿ Pero qué podemos hacer? Llama á tu socorro al mismo Duchmanta, pues al soberano toca proteger á los habitantes de este retiro.

DUCHMANTA.

¡ Excelente ocasion para mostrarme!... Cesad de temer... (No acaba y continúa permaneciendo oculto.) Mas vale aguardar, que no quiero ser reconocido como rey, y conviene mas presentarme bajo el aspecto de un peregrino que implora la hospitalidad.

SACUNTALA.

Este insecto me molesta de un modo indecible... será preciso que cambie de posicion. (Corre y mira atrás durante su carrera.) ¡ Cómo! ¿ Cuándo cesará de perseguirme? ¡ Ah! libradme de su importunidad.